

siga cada cual la suya.» ¡Vano llamamiento de un hombre de bien á quien solo le quedaba ya el recurso de abandonar una arena en otro tiempo agitada por su pura y prudente virtud! Otras previsiones y temores, igualmente legítimos, pero dominados por pasiones menos puras, arrastraban tras sí el partido nacional: habia llegado el dia en que el bien y el mal, la salvacion y el peligro se mezclan y confunden tan oscuramente, que los mas ilustrados espíritus no pueden discernirlos, y quedan reducidos á ser meros instrumentos de la Providencia que castiga á los reyes por mano de los pueblos, y á estos por la de aquellos. Solo cuarenta y cinco miembros participaron de los sentimientos de Ruyard, entre los representantes del pueblo, y en la cámara alta únicamente protestó el conde de Portland. Adoptáronse al momento las medidas para la guerra; las cámaras se apoderaron de todas las rentas públicas; y los condados recibieron orden de hacer acopios de armas y de pólvora, para reunirse á la primera señal. Se nombró una junta de seguridad compuesta de cinco pares y diez miembros de la cámara baja, encargada de velar por la defensa pública y de hacer ejecutar las órdenes del parlamento (1). Decretóse en fin la formacion de un ejército, compuesto de 20 regimientos de infantería de unos 1,000 hombres cada uno, y de 75 escuadrones de 60 caballos. Lord Kimbolton, Brook, sir Jhon Merrick, Hampden, Hollis y Cromwell, jefes del pueblo asi en los campos de batalla como en Westminster, recibieron mandos importantes. El conde de Essex fue nombrado general (2).

(1) 4 julio 1642: los cinco pares eran los condes de Northumberland, de Essex, de Pembroke, Holland y el vizconde Say: los diez miembros de los comunes, Hampden, Pym, Hollis, Martyn, Tiennes, Pierpoint, Glynu, sir William Waller, sir Felipe Stapleton, y sir Jhon Merrick.

(2) No sin interés verán nuestros lectores la lista exacta y completa de este ejército verdaderamente nacional; se encontrará en las anotaciones y piezas históricas.

LIBRO CUARTO.

Principia la guerra civil.—Establece Carlos sus reales en Nottingham.—Batalla de Edghill.—Terror de Londres.—Combate de Brentford.—Tentativas de negociacion.—Carácter de la guerra civil.—La reina vuelve del continente.—Negociaciones de Oxford.—Se empieza á desconfiar del conde de Essex.—Disensiones interiores del parlamento.—Conspiracion realista en Londres.—Muerte de Hampden.—Descalabros sucesivos del parlamento.—Su energía.—Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras.—Proyectos del rey para marchar sobre Londres.—Son vanos.—Sitio de Gloucester.—Essex le hace levantar.—Batalla de Newbury.—Muerte de lord Falkland.—Alianza del parlamento con los Escoceses.—Essex vuelve triunfante á Londres.

(1642.-1643.)

Al saber estas disposiciones y viéndose libre el rey de toda incertidumbre pudo desarrollar sus fuerzas con mas energía. Habiale llegado de Holanda un pequeño convoy, y la reina prometia otros. Los comisionados para reclutar en su nombre, iban consiguiendo prósperos resultados en las comarcas del Oeste y del Norte. Goring, gobernador de Portsmouth, se habia declarado á su favor. Acudian de todas partes los caballeros, se esparcian por las campiñas, allanaban las casas de los amigos del parlamento, se llevaban dinero, armas y caballos, y llegaban á York envanecidos por sus victorias y por el botin tan fácilmente adquirido. Conoció Carlos que tales desórdenes llegarían á ser fatales á su causa, y para reprimirlos y escitar al mismo tiempo el celo de los realistas, recorrió los condados de York, de Leicester, de Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes la nobleza, agradeciendo su lealtad, y exhortando al orden y á la prudencia. Mostrábase mas activo y mas afa-

ble que nunca, queria siempre hablar al pueblo, y se envanecia de respetar en alto grado la religion y las leyes del país. Estas reuniones y discursos, esos gentil-hombres que abandonaban ó fortificaban sus castillos, los paisanos que recomponian las murallas de las poblaciones, los caminos cubiertos de viajeros armados, los ejercicios de las milicias, todo ofrecia el aspecto de una guerra declarada, todo incitaba á seguir el belicoso ejemplo de las masas. Ya la sangre habia corrido en muchos encuentros, que mas bien podian llamarse riñas que combates.

Ya el rey por dos tentativas que se le frustraron de apoderarse de Hull y de Coventry, habia motivado que el parlamento le imputase la primera agresion; imputacion que ambos partidos temian, pues aunque próximos á arriesgarlo todo por sostener sus derechos, temian ser responsables de la sangre que se derramara. Por fin, el 25 de agosto resolvió Carlos llamar públicamente sus súbditos á las armas, desplegando en Nottingham el estandarte real. A las seis de la tarde, sobre la colina que domina la ciudad, escoltado por ochocientos caballos y un reducido cuerpo de milicias, hizo leer su declaracion de guerra. Habia ya empezado á leerla el heraldo, cuando sintiéndose agitado el rey por algunos escrúpulos tomó el papel, corrigió penosa y lentamente algunos pasajes, y lo volvió en seguida al heraldo, quien pudo con trabajo leer las correcciones. Resonaron las trompetas y se desplegó el estandarte que llevaba su divisa: «*Dad al César lo que es del César.*» Pero no se sabia donde colocarlo ni el modo como se practicaba en otro tiempo esta antigua forma de la convocacion de vasallos por el soberano.

Era sombrío el tiempo y soplaban con violencia el viento. Colocóse por fin el estandarte en lo interior del castillo, en lo alto de una torre, imitando el ejemplo dado por Ricardo III. Al dia siguiente se vió que lo habia abatido el viento. «¿Por qué colocarlo aquí? dijo el rey; debia haberse puesto en un paraje abierto donde todos pudiesen acercársele, y no en una prision.» Lo mandó trasladar fuera del castillo, junto al parque. Cuando los heraldos quisieron clavarlo en la tierra, vieron que el suelo era un peñasco durísimo. Abrieron un agujero con sus puñales, pero no se sostuvo el asta; por manera que durante algunas horas les fue preciso sostenerla ellos mismos. Los concurrentes se retiraron llenos de siniestros presagios. Algunos dias permaneció el rey en Nottingham, esperando en vano que el país acudiese al llamamiento. En Northampton, distante algunas leguas, se formaba el ejército del parlamento, que constaba ya de muchos regimientos. «Si prueban un golpe de ma-

no, dijo sir Astley, mayor-general de las tropas reales, no respondió de que el rey deje de ser preso en cama.» Algunos miembros del consejo le instaron todavía á que probase una negociacion. «¿Cómo, pues, respondió; antes de empezar la guerra!» Insistióse, pintando sus cortas fuerzas. Cuatro comisionados partieron para Lóndres, pero volvieron sin fruto; uno de ellos, lord Southampton, no pudo obtener que le dejasen entregar en persona su mensaje á la cámara. El rey salió de Nottingham á mediados de setiembre, y trasladó su cuartel general á Shrewsbury por saber que en los condados del Este tenia mas partidarios.

A los ocho dias estaba ya el conde Essex á la cabeza del ejército: á su salida de Lóndres habia sido acompañado de un inmenso gentío que lo victoreaba agitando en el aire banderolas naranjadas, color de su blasones; cualquiera que llevase otra era tenido por sospechoso, é insultado. En Northampton encontró reunidos unos 20,000 hombres. Acompañábale una comision de ambas cámaras, pero él la presidia. Se le habia mandado entregar al rey una peticion en que se le conjuraba que volviese á Lóndres, añadiendo que si el monarca se negaba á volver, lo persiguiera vivamente, «arrancándolo juntamente con sus hijos el príncipe de Galles y el duque de York, de entre sus pérfidos consejeros, para restituirlos al parlamento.»

Esta peticion no se presentó siquiera, pues el rey declaró que no la recibiria de mano de los que habia declarado traidores. Iba recobrando fuerza y confianza en Shrewsbury. Llegábanle en fin numerosos reclutas del Este y del Norte; para armarlos habia desarmado no sin resistencia las milicias de muchos condados. Apoderóse de los convoyes que atravesaban el Oeste para embarcarse en Chester con destino á Irlanda. Los católicos de los condados de Shrop y Strafford le habian adelantado 5,000 libras esterlinas; un gentil-hombre habia pagado 6,000 por el titulo de baron y hasta de Lóndres le enviaron recursos sus partidarios. Constaba ya su ejército de unos doce mil hombres. El príncipe Roberto, su sobrino llegado de Alemania, iba á la cabeza de la caballería recorriendo la comarca, haciéndose tan odioso por sus pillajes y su brutalidad, como temible por su audacia. Essex se adelantaba lentamente, al parecer mas para seguir á su enemigo que para alcanzarlo. Llegó el 25 de setiembre á Worcester, á pocas leguas del cuartel general del rey, y permaneció en inaccion tres semanas. Envanecido Carlos por algunas escaramuzas en que llevó ventaja, y por el nuevo aspecto de su fortuna, resolvió marchar sobre Lóndres, á fin de acabar de un solo golpe la

guerra : llevaba ya tres dias de marcha, cuando Essex acudió á su persecucion para defender al parlamento.

El espanto llegó á lo sumo en Lóndres, pues nadie temia tan repentino riesgo : los parlamentarios parecian atónitos, los realistas empezaban á agitarse, y el pueblo temblaba. Pero el temor popular se convierte fácilmente en indignacion : asi lo logró el parlamento. Firme y fogoso en sus actos como en su lenguaje, tomó medidas de defensa contra el rey, y de rigor contra los malévolos. Los que no habian entregado subsidios voluntarios fueron sobrecargados con contribuciones forzadas ; se encarceló á los inquietos, y se desarmó á los sospechosos ; tuvieron lugar requisiciones de toda suerte, y entre otras la de todos los caballos útiles para el servicio. Se elevaron fortificaciones en las que trabajaban con ardor hombres, niños y mujeres ; se formaron barricadas, y la milicia se puso en disposicion de marchar.

De improviso, el 24 de octubre por la mañana, se esparce la voz de que se ha dado una gran batalla, y que el ejército del parlamento ha sido derrotado con pérdida de mucha gente. Esta noticia llegaba de Oxbridge, distante algunas leguas de Lóndres, y la habia dado un coronel de caballería fugitivo. Casi al mismo tiempo llegaron otras noticias bien diferentes, y no menos ciertas sin embargo : la victoria del conde de Essex era completa y el rey habia sido derrotado ; se sabia por paisanos que venian apresuradamente á Lóndres á dar la noticia.

Indeciso el parlamento lo mismo que el pueblo, hizo cerrar las tiendas puso las milicias sobre las armas, y exigió de todos sus miembros la promesa de adhesion al conde de Essex en todo y en cualquier evento. Solo al dia siguiente se recibió por Wharton y Strode el parte oficial de la batalla y de sus resultados.

Tuvo lugar el 25 junio á Keynton en el condado de Warwick, al pié de la colina llamada Edgehill, donde despues de una marcha de diez dias en que ambos ejércitos habian ignorado mutuamente sus movimientos, logró al cabo Essex caer sobre las tropas del rey. A pesar de haber dejado atrás parte de su artillería y muchos regimientos, entre otros el de Hampden, resolvió atacar á tiempo que el rey tomaba el mismo partido. Uno y otro deseaban la batalla, Essex para salvar á Lóndres, y Carlos para poner un término á los obstáculos que encontraba en un condado tan enemigo de su causa, que los herradores huian de los pueblos para no errar sus caballos. Empeñóse la accion á las dos de la tarde, y duró muy viva hasta el anochecer. La caballería del parlamen-

to, debilitada por la desercion de un regimiento que al momento de la carga se paso entero al enemigo, fue arrollada por el príncipe Roberto ; pero en su imprevision y sed de pillaje la fue persiguiendo hasta dos millas sin pensar en lo que pasaba detrás de él. Detenido al cabo por el re-



EL CONDE DE WARWICK.

gimiento de Hampden que llegaba con la artillería, volvió grupa el príncipe al campo de batalla, y encontró á la infantería real rota y dispersa, al conde de Lindsey, general en jefe, muerto ó prisionero, y al estandarte del rey en manos de los parlamentarios : el mismo Carlos se habia visto abandonado y casi en poder del enemigo. Solo la reserva de Essex

permanecía en buen orden en el campo. En vano Carlos y su sobrino probaron reformar los escuadrones para dar una nueva carga; habian vuelto estos en tan completo desorden que en vano se buscaban mutuamente oficiales y soldados: además muchos caballos caian de cansancio: nada pudo obtenerse.

Ambos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla, ambos inquietos por el día siguiente y atribuyéndose la victoria. El parlamento habia perdido mas soldados, y el rey mas oficiales y jefes distinguidos. Al amanecer Carlos recorrió su campamento; faltaba un tercio de infantería y muchos caballeros, no porque hubiesen perecido todos, sino porque el frío, la falta de víveres y el terror del primer choque habian dispersado á muchos voluntarios. Para continuar libremente su camino sobre Londres, queria el rey trabar una nueva refriega; pero pronto conoció que era escusado intentarlo. Agitábase la misma cuestion en el campo enemigo; Hampden, Hollis, Stapleton, y la mayor parte de los oficiales, jefes de milicias y representantes del pueblo, conjuraban á Essex á que de nuevo atacase: «El rey, decian, no puede resistir; nos han llegado tres regimientos de refuerzo, y caerá en nuestras manos: solo la rápida conclusion de la guerra puede dar fin á los males que amenazan al país y al parlamento.» Pero los militares de profesion, educados en las guerras del continente, negaron su asentimiento; á su parecer era bastante este glorioso combate dado con reclutas; Londres se habia salvado; la accion habia sido sangrienta, y los soldados, novicios todavía estaban tristes: era pues preciso irlos acostunbrado á la guerra. Hablaban con autoridad, y Essex adoptó su consejo, trasladando su cuartel general á Warwick, pero no dejando por eso de atender á los movimientos del ejército real. Algunos días despues se adelantó el rey hasta Oxford, una de las populosas ciudades mas adicta á su causa.

En Londres como en Oxford se cantó un *Te-deum*, pues el parlamento, decian sus amigos, ha obtenido una gran ventaja con una pequeña victoria. Pero el ejército de Carlos, mas cercano á la capital que el de Essex, se esparcia por el país, y volvian á reunirse con la esperanza del pillaje sus desertores. Abríanle las puertas sin disparar un tiro las plazas que se creian mas seguras; la guarnicion de Reading, mandada por Enrique Martyn, amigo de Cromwell, huyó vergonzosamente al acercarse algunos escuadrones, y allí estableció el rey su cuartel general. El príncipe Roberto llevaba sus correrías hasta las inmediaciones de Londres. Alarmábase esta ciudad, y en la cámara alta se oian ya mociones paci-

ficas. Essex recibió orden de acercarse con sus tropas, y entre tanto se pidió al rey un salvo conducto para seis diputados encargados de abrir negociaciones; mas como se negase á darlo á John Evelyn, á quien acababa de proclamar traidor, no quiso la cámara insistir: Essex habia llegado ya. El lord corregidor convocó en Guildhall una asamblea general de ciudadanos, á la que concurrieron dos miembros del parlamento para incitarlos á que peleasen á las órdenes del general. «Ha alcanzado, dijo lord Brook, la mas señalada victoria; el enemigo ha perdido 2,000 hombres, y nosotros solo ciento, si ya no contamos los perros que se entretuvieron en matar los realistas. El general sale mañana, y quiere aun hacer mas de lo que ha hecho; por vosotros se dirige al combate, pues él podria ser libre é independiente si quisiese. Cuando oigais pues el redoble del tambor, os conjuro á que no digais: *Yo no soy de la milicia*, seguidle mas bien, combatid y venced.»

Resonaron mil aclamaciones; mas el terror no estaba aun disipado del todo; los realistas se habian adelantado hasta 15 millas de Londres. El parlamento se resignó á hacer partir cinco de sus miembros sin insistir en la admision de Evelyn. Carlos los recibió bien, y dijo que en todo lugar aun en las puertas de Londres, entraria en negociaciones. Al leerse esta respuesta en la cámara alta, el 12 de noviembre de 1642, se levantó Essex, preguntando si debia continuar ó suspender las hostilidades. Se le mandó suspenderlas, y partió sir Peter Killigrew para tratar de un armisticio; pero al llegar á 7 millas de la capital vió que se habian vuelto á empeñar las hostilidades. A pesar de la negociacion cayó el rey sobre el regimiento de Hollis situado en Brentford, creyendo destruirle y abrirse paso á Londres. Pero el denuedo de aquel cuerpo dió tiempo á los regimientos de Hampden y de Brook para que acudiesen á socorrerle, y los tres resistieron durante muchas horas el choque de los realistas. Oíase desde Londres el fuego sin saberse la causa. En cuanto tuvo aviso Essex, salió de la cámara, montó á caballo, y salió con las fuerzas que pudo reunir. Cuando llegó al lugar de la accion, se habian retirado en desorden los parlamentarios, y el rey ocupaba el punto de Brenfort aunque sin atreverse á internarse mas.

La indignacion fue tanto mas viva en Londres, cuanto que iba acompañada de un nuevo espanto; pues solo se hablaba de la perfidia y barbarie del rey que habia querido entrar por asalto en la ciudad, y entregarlo todo al furor de sus infames caballeros. Los mas ardorosos partidarios de la guerra se quejaban de que fuesen teatro de ella los alrededores de Londres.

Aprovechó el parlamento esta disposición de los ánimos, invitando á los aprendices á que sentasen plaza, y declarando que el tiempo de servicio se les abonaria en su profesion ú oficio; la municipalidad ofreció 4,000 hombres de sus milicias y encargó su mando á Skippon. «Vamos, hijos míos, les dijo al ponerse á su frente, confianza y buen ánimo en el combate: yo correré los mismos riesgos que vosotros. Esta es la causa de Dios, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos, y la de vosotros mismos. Animo, hijos míos, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos.» Durante el día y la noche salieron de Lóndres los nuevos reclutas, milicianos y voluntarios, para entrar en el ejército. Al día siguiente, á una milla de las avanzadas del rey, pasó Essex revista, delante de un numeroso gentío á 24,000 hombres formados en batalla en Turnham-Green.

De nuevo se principió la cuestion sobre si se deberia ó no atacar. Hampden y sus amigos insistian vivamente en razon de las circunstancias. Siguiendo su consejo, se efectuaron algunos movimientos, contra el parecer de Essex y de los antiguos militares; pero un incidente lo cambió todo. Cierta día que estaba el ejército en línea, dos ó tres cientos espectadores á caballo se alarmaron, tomando á galope el camino de Lóndres: fue tal con esto el terror de los parlamentarios, que muchos iban ya á emprender la fuga. Disipada la alarma se serenaron los semblantes, y renació la confianza á vista de los víveres que traian de la ciudad las mujeres. Con esto conoció Essex cuan efímero era el entusiasmo, y volvió á ponerse á su defensiva. El rey que por su parte temia mucho un ataque, pues le escaseaban las balas y la pólvora, se retiró sin obstáculo á Reading y en seguida á Oxford, donde estableció sus cuarteles de invierno.

Tanta lentitud, combatida en vano por los jefes del parlamento, tenia causas mas poderosas que la actitud vacilante del soldado, ó la prudencia del general. Lóndres estaba lleno de divisiones y de incertidumbres. Manifestábanse altamente los partidarios de la paz, que solo por temor y por necesidad habian aceptado la guerra. Por otra parte algunas peticiones bastante vivas, contra el papismo y el poder absoluto, clamaban por que se pusiese un término á ella. Eran desoidas y se amenazaba á sus autores; pero en pos de ellas venian otras, redactadas en los condados y dirigidas á los lores que se creian mas dispuestos á recibir las. Tampoco faltaban peticiones contrarias á estas, procedentes de los magistrados, de las municipalidades y del pueblo, todos adictos á los miembros mas exaltados de la cámara baja. Un mercader, llamado Shute, acudia todos

los días á la barra de la cámara, acompañado de numerosa comitiva, y reclamando en nombre del *partido piadoso y activo* que se prosiguiese con vigor la guerra. Sus palabras eran aplaudidas con frecuencia, y se le daban gracias por su celo; pero cuando su lenguaje era sobrado imperioso, cuando hablaba con sobrada insolencia de los lores y de los jefes del ejército se hacia necesario reprenderle, porque nadie osaba pensar siquiera, que sin los magnates y su apoyo les fuese posible vencer.

Para dar á los enemigos de la paz alguna satisfaccion aparente, se ideó hacerla pedir por la municipalidad, no al parlamento, sino al mismo rey, haciendo asi pesar sobre el rey el embarazo de una respuesta que debia por precision disgustar á los ciudadanos. Con consentimiento de las cámaras, pasó el 2 enero de 1645 una diputacion de la municipalidad á Oxford. Sonrióse el rey cuando le instaron para que pasase á Lóndres, prometiéndole reprimir las asonadas: «Vosotros mismos, les dijo, no sois ya dueños de mantener el orden», y con su respuesta dada por escrito despidió á los diputados, haciéndoles acompañar por un gentil-hombre encargado de leerla á la municipalidad. Acudió allá gran gentío, entre ellos lord Manchester y Pym, dispuestos á rechazar en nombre del parlamento las acusaciones del rey. Al ver á esta agitada muchedumbre, medroso el comisionado del rey quiso dispensarse de leer el mensaje, alegando la debilidad de su voz; pero le fue forzoso obedecer, y aun empezar dos veces la lectura en distintas salas, para que todos pudiesen oirla. La segunda vez se atrevieron varios realistas á hacer algunas demostraciones; pero fueron sofocadas por violentos murmullos. La carta del rey era larga y abundaba en reerimaciones que no anunciaban deseos pacíficos. Contestaron á ella Pym y Manchester, y fueron aplaudidos por el grito de «Viviremos y moriremos con ellos»: durante algun tiempo no se habló ya de mas peticiones de paz. No conseguian mejores resultados las tentativas de los realistas, pero se renovaban continuamente y todo lo traian agitado. Nadie pensaba todavía en oponerles aquellos excesos de tiranía que procuran algunos momentos de poder y largos días de sinsabores. Luchando el parlamento contra este mal interior, no podia desarrollar toda su energia contra sus enemigos exteriores.

No sucedia asi en los condados, donde las pasiones políticas se desarrollaban sin obstáculo. Asi era que mientras en los alrededores de Lóndres parecia amortiguarse la guerra entre el parlamento y el rey, estallaba por otra parte violenta en distintos puntos. No bien habian trascurrido algunos meses cuando el reino se vió ya lleno de confederaciones guerre-